

## Los núcleos rurales se quedan vacíos

Viven solos. Han perdido casi el contacto con el mundo exterior. Han visto irse a lo largo de los años a vecinos y hasta a hijos en busca de una vida mejor. Pero ellos esperan pacientes. Saben que ya nunca se irán, pero creen que, de alguna manera, algo cambia-

rá en sus vidas. Casielles, Biamón o La Caviella son algunos de los pueblos del municipio de Ponga que albergan a uno o dos vecinos. En el concejo hay otros muchos pueblos casi deshabitados o totalmente abandonados. Apenas hay carreteras tran-

sitables y la televisión es un invento de hace cuatro días. Son auténticos robinsones que se han acostumbrado a vivir en soledad, a compartir sus penas y alegrías únicamente con sus cónyuges o sus hijos. Tienen familias que hace tiempo se fueron y viven lejos.

## Los últimos de los Beyos

*Cuatro familias de Casielles, Biamón y La Caviella, en Ponga, se resisten a dejar sus aldeas pese a la dureza de la vida en la montaña, la falta de recursos, la difícil comunicación y la marcha de sus vecinos*

Casielles (Ponga),

Susana D. TEJEDOR

Siguiendo el desfiladero de los Beyos se encuentra una pista que conduce hacia Viboli, localidad de la parroquia de Viego que, con siete u ocho vecinos, es la más poblada de la zona. Aproximadamente a un kilómetro de iniciar la subida a lo largo de una angosta y zigzagueante carretera, hay una desviación a la derecha que conduce hasta el pueblo de Casielles, integrado en la parroquia de su mismo nombre. Esta pequeña localidad, enclavada entre montañas, tiene tres barrios: Biamón, La Caviella y Casielles. Antaño se integraban también El Candano y Tolivia, hoy completamente deshabitados y abandonados.

La subida hasta Casielles, donde las montañas se adentran y casi estrangulan la carretera, es impresionante y el panorama que desde lo alto se divisa, de una increíble belleza. En Casielles tan sólo dos casas están habitadas. La de Julio Vidarte, el guarda del monte Peloño, y la de Herminio Llamazales. En lo alto del pueblo está la escuela nueva, que dejó ya de funcionar hace años «porque por aquí ya no hay niños», y pegada al edificio, la escuela vieja, casi derruida. «Propuse yo arrendar la escuela nueva para acondicionarla como albergue, pero nadie me hizo caso y ahí está, medio cayendo». Milagros González, la esposa de Julio Vidarte, recuerda cuando en la parroquia había 33 vecinos, «ahora ya sólo quedamos cuatro». Milagros vive junto a su esposo Julio y a su hijo Ignacio, de 17 años. «A él le gusta la ganadería, que es el único medio de vida en la zona, pero su padre lo convenció para que estudie. Ahora dice que le gustaría estudiar fontanería. Baja todos los días hasta Cangas de Onís. Coge la línea en el bar de La Huera, a las ocho de la mañana, y sale de Cangas a las cinco y media de la tarde».

Julio y Milagros tienen seis hijos y sólo el pequeño, Ignacio, está con ellos: «Las otras cinco hijas se han ido casando por la zona y la única soltera que tengo también se ha ido del pueblo».

Milagros es habladora. Dice que «el tiempo no cuenta para nosotros. Puedo estar charlando con cualquiera que se acerca por aquí. Ultimamente vienen muchos montañeros, casi todos los fines de semana, y me gusta hablar con ellos. Pero eso no quiere decir que no tenga nada que hacer. Aquí siempre hay algo que hacer porque el ganado da mucha tarea». Milagros estuvo de soltera sirviendo por casas en Santander, en Gijón y en Cangas de Onís, «pero luego me casé y no se me dio por marchar».



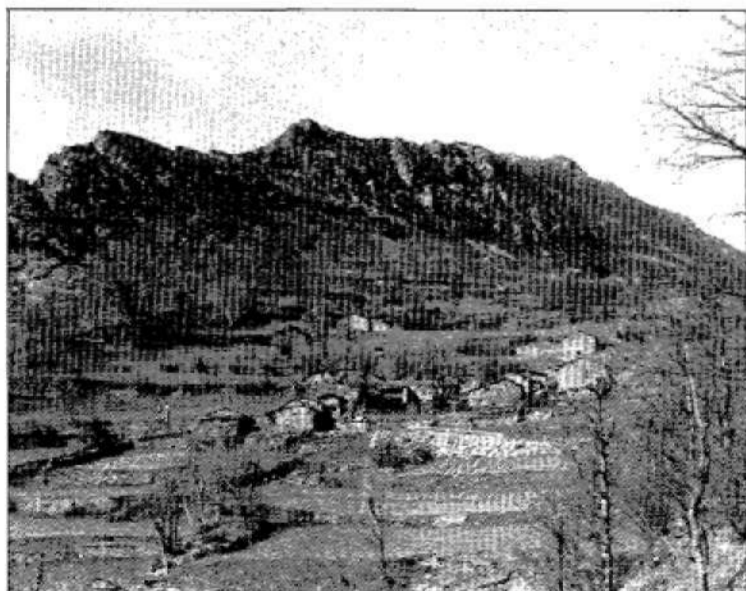
Herminio, Florentina, su hijo César y Milagros, vecinos de Casielles. A la izquierda, la hija y nieto de Milagros, que fueron de visita.

J. C. MOTA



Milagros González atiza el fuego de la cocina para hacer un queso.

J. C. MOTA



Una vista de Casielles, en donde sólo dos casas están habitadas.

J. C. MOTA

Milagros apenas sale del pueblo. Sólo de vez en cuando baja a Cangas «para hacer recados». El resto del tiempo atiende el ganado y la casa y elabora quesos: «Yo hago, por lo menos, uno o dos quesos todos los días. Cada semana hago ocho o diez kilos. Gané siete copas de premio por elaborar queso. Antes utilizaba latas de hojalata como moldes, pero ahora ya no encuentro de aquéllas y uso botes de Cola-Cao».

En la casa de Milagros está instalado, desde hace unos ocho años, el único teléfono público de la zona y, además, «soy la única que tengo servicio». En lo que fuera un trastero, la familia hizo un baño. «Es una maravilla poder pegarte un baño cuando vuelves de andar con el ganado, y eso sólo lo podemos hacer los de esta casa».

Y es que muchas cosas han cambiado en el pueblo. Milagros recuerda cuando dio a luz a la

quinta de sus hijas: «Púsemela mala de noche y entre varios vecinos, porque entonces éramos más que ahora, me pusieron encima de un somier y me bajaron hasta el bar de La Huera, alumbrándonos con un candil de carburo. Allí cogí un coche hasta Oviedo. En otra ocasión, caí y tuve una hemorragia. Me llevaron hasta La Huera, pero como ya no había tanta gente tuvieron que transportarme con una manta como camilla».

Ahora, desde hace poco tiempo hay una carretera: «Se construyó hace unos siete años, pero no se asfaltó hasta hace dos». Precisamente, la construcción de la carretera motivó ciertas suspicacias entre los vecinos: «Había unos, que ya no viven aquí, que dieron mucha guerra porque decían que si se hacía la carretera le estropeaban un prado. A mí también me lo estropearon, pero me tuve que aguantar».

Pasa a la página siguiente